

HERRAMIENTAS

LA CUERDA

LA CUERDA ES una punta prolongada, obsesiva; o para ser más exactos, es una larga sucesión de vicisitudes, de ahí su pasividad, su descreimiento y su abulia; es una amalgama de moribundos. Pladosamente, antes de expirar, éstos han sido recogidos y apiñados en la cuerda; a cada instante esperan, casi parecen desear, el hachazo de gracia, el guillotino fulminante. Esta perfecta invertebrabilidad de la cuerda la acerca al agua como ninguna otra herramienta.

La cuerda, incluso, da la impresión de ser un agua amordazada. Frente al agua, que no permite otra manipulación que su envase, la cuerda parece representar la posibilidad de un agua menos dócil, no efímera, menos transitoria y más sedentaria, un agua más palpable, un agua hercúlea.

Pero vista de cerca se nos muestra cómo es: un rosario de rendiciones; en cada punto de la cuerda se palpa su postración, su infinita melancolía, en cada punto de la cuerda alguien pierde un combate y da su brazo a torcer; la cuerda es padecimiento puro; demasiado copulenta para regenerarse como el agua, no tiene tampoco el empaque y la resistencia de lo óseo. Así, cada estímulo recibido por ella es una honda mortificación.

De ahí, quizá, la invertebrabilidad de la cuerda. La ausencia de un armazón conectivo debe verse en su caso como una defensa, pues funge de anestésico. Las partes reaccionan separadamente; no hay incendio común, no hay aniquilación; la cuerda es herible, puede ser diezmada, pero no es vapuleable. Cada segmento suyo vive aparte, es una pira; no hay trozos intermedios, todos son puntos finales, peldaños últimos. Así, en la cuerda, todo, trabajosamente, *sobrevive*. De ahí su maleabilidad que recuerda lo que es remanente, como la ceniza, el humo o el escombros. Ella misma es un incendio, una llamarada de muchas llamaradas. Es: define su santidad.

La santidad es prerrogativa de lo invertebrado. Lo primero a lo que renuncia un santo son los huesos; quien no sepa renunciar a sus huesos que mejor se olvide del asunto. Ser santo implica un relajamiento y un aflojamiento sin reservas. Mientras permanezca el menor indicio de un sostén o de un armazón internos, de un mínimo de coherencia hecha de apoyaturas, de refuerzos, de juegos de equilibrio, la santidad se torna una quimera o una hipocresía. Pues santo es aquél que no olvida renunciar un sólo instante. La cuerda es eso, una convergencia de renunciaciones, y es la descripción plástica de la renuncia más ardua: la de respirar; pocas cosas como ella retienen el aliento y se sumergen en sí mismas. La cuerda es, por decirlo así, la mano que siempre nos hace falta, la del medio, la mental, la profunda, la devota, que no traiciona ni deja huellas, la mano que ha renunciado a acumular y retener para simplemente extender el temple y la transparencia. Para establecer vínculos. Para dar aviso. Pues quien regresa después de algún tiempo a un lugar donde vivió, luchó y edificó, extraña ante todo las manos que

FABIO MORÁBITO

dejó allí, los lazos y los nudos y las reciprocidades que logró asegurar. En fin, las cuerdas. Siempre se extrañan las cuerdas. Son la herramienta más espiritual de todas, la más imbuida de inconciente, basta observar cómo alguien tensa, enrolla o desata una cuerda: una animación infantil se apodera de él, porque la cuerda es fácil, es el pan de las herramientas, y como el pan, a menudo, pasa inadvertida; como el pan, es uno de los pilares del sedentarismo. Con ella comienza la delegación, en cada cuerda el hombre deja un encargo y encomienda una tarea. El ocio sólo es posible cuando todas las cuerdas están tensas y ocupadas, algo que saben bien los marineros. Por ello produce una oscura angustia ver una cuerda ociosa, disipada en el suelo, al igual que un trozo de pan en el mismo estado. Porque lo mismo que el pan no tiene desperdicio, puesto que nunca le falta una boca que alimentar, así la cuerda tiene siempre un servicio que ofrecer.

Pero no le viene de eso su espiritualidad. Le viene de su absoluto voto de pobreza. No hay nada en la cuerda que no ayune; su vocación torácica es nula; se debe esto a su proceder a base de continuos relevos fibrosos; cada relevo es un ayuno, y es por el juego sabiamente desfasado de esos ayunos que se hace la cuerda; merced al desacuerdo entre las hebras, que entregan su brizna de vida en una zambullida, la cuerda, como una madre, crea un cañamo y una continuidad. Una multitud de arrojados forman una larga paciencia. O si se prefiere: una multitud de exhalaciones componen una sola respiración. En ninguna otra herramienta la convergencia y el bullicio forjan tan maravillosamente un temple. De hecho, en ese hojalde vegetal, en ese vórtice de hilos y fibras que es la cuerda, es casi imposible posar nuestra mirada propiamente sobre la cuerda. Pues una cuerda, una vez que acercamos el ojo, es una multitud de cuerdas; una cuerda, la verdad de las cosas, lo que se dice una cuerda, no existe; ¿pues quién tiene apretado ese bullicio de briznas e hilos? ¿Ella misma? ¿Pero desde dónde lo hace, desde qué lugar de afuera si está allí de cuerpo entero, si no era nada antes de ese cuerpo? ¿Quién, pues, sujeta y tensa los hilos de la cuerda? ¿Acaso Dios, acaso la ley de gravedad, o acaso, simplemente, como es lo más probable, nuestra incurable vanidad?

EL TRAPO

El trapo generaliza. Nada de finezas con él. Nada de que yo pensé, creí, me dijeron, que esto y lo otro. ¡Al diablo! Es lo que exclama siempre el trapo: ¡Al diablo! No se anda por las ramas. Borrón y cuenta nueva. ¿Qué haríamos sin el trapo? Nos sofocarían nuestras escorias. Para salvarnos tendríamos que desplazarnos, de-

dicarnos al nomadismo. El trapo, en cambio, ayuda a establecerlos. Es el pequeño viento del hogar, lo que aligera la casa. El brillo que deja en lo que toca es parte del brillo del primer asentamiento, del primer encantamiento. Levanta toda la negligencia reunida, es el silencioso e incansable reedificador del primer día. Cada trapeada dice: "¿Se acuerdan?" Trabaja por absorción, por frotación, por reunión, por empuje, por simple asimiento. Cada trapeada realiza lo sustancial y pone en su debido lugar a lo secundario y adjetivo. El trapo ama, venera los nombres. Es el perro guardián de los títulos; todo lo que es atributo, efecto, emanación, transpiración, lo saca de quicio, le parece una gran pérdida de tiempo; es más, le parece *el* tiempo, que es lo que aborrece sobre todas las cosas. Es parmenidiano. Ama el ser fijo, el ser esencial. Cada trapeada, si pudiera, excavaría un foso en torno a cada cosa, la dejaría más alta y más visible, más ella misma. Es la pasión del trapo: aislar, desbrozar, dejar más erguido. En suma, volver a nombrar. Pues el trapo tiene capacidad de asombro, de estar como si acabara de aparecer. Es el extranjero de la casa, el enviado de un mundo servicial que carga con el polvo y la basura del nuestro. Pero ese mundo no es otro planeta, es el fuego, el fuego que es siempre otro mundo, extranjero, lejano, mágico. El trapo es un subordinado del fuego; es un fuego a la mano, es una de las pequeñas divinidades del fuego. Es un fuego aplicado.

Como el fuego, obra por cerco, por sofocación. Desmantela entornos, corta vecinazgos y ligaduras, deja en asedio, a secas, sin aire; borra lo que es rebaba derivativa, pacto, apellido; sustrae del contexto, deja todo carente de procedencias, en condición de epíteto; hace, pues, subrayados, de ahí su movimiento pendular, de ida y vuelta; pone en cursivas, como el fuego, sin crear nada. Es más, para el trapo hay demasiado creado, demasiada paja y repetición; si por él fuera, el mundo se reduciría a bien pocas cosas, pero todas esplendorosas, altivas y memorables; el mundo como un amplio museo de pisos lustrosos.

El trapo, pues, ama los orígenes. Cada trapeada es una inmersión en el origen. Y puesto que el origen se aleja, el trapo se ve obligado a frotar y frotar, atravesando más capas para recuperar la cosa original, la cosa como es. Trapear es remontarse. El trapo no conoce el adelante, sólo progresa en el pasado. Cuando trapeamos, detenemos el mundo, nos inclinamos sobre nuestras posesiones, las acercamos al fuego, las volvemos a fijar en su sitio. "¡Fuera los otros!", exclama el trapo. ¿No es la misma exclamación secreta de la chispa que desata un fuego, el mismo recogimiento brutal, la misma introspección violenta? La chispa es un recado del origen, por eso sólo el animal que hace fuego, el hombre, es capaz de adueñarse de su medio, sólo él es capaz, en cada fuego, de robar algo profundo. Lo mismo el trapo; todo lo que recubre el origen, que lo embadurna, desata su acoloramiento; pues una vez que entra en acción, el trapo es furia, pillaje, bandolerismo.

Trabaja por nubarrones; mil órdenes lo embeben, es un caldo de órdenes. Nada se endurece en él, nada da un paso atrás. Imaginemos a un gran número de hombres apostados sobre unos riscos; a una señal, se echan al mar unos tras otros, zambulléndose cada uno sobre

los calcañares del vecino, en la misma espuma, como tantos guijarros tirados por una mano. Así funciona el trapo, por alarma, por deslave costero, por manotazo invernal. Sin el concepto de costa el trapo no existiría; de haber puras superficies continuas bastaría con escobas y recogedores; ¿qué hace el recogedor sino poner un límite al tonto optimismo de la escoba, decirle alto, aquí se acaba la suciedad, aquí se acaba la tarea, el monólogo y el chismorreos? El trapo no ignora nada de esto. Su movimiento a arco, pendular, asmático, sabe de lo trunco y esquinado del mundo, sabe en consecuencia aprovecharse de esa provincianidad, de ese regionalismo pululantes. Se le encomiendan siempre tareas concretas, brillos específicos, esmeros localizados. Lo demás no es de su incumbencia; y es por ahí, por los costados, donde tira su carga de irresolución. Ya lo hemos dicho: trabaja por razzia costera. Puede incluso decirse que el trapo, puesto que las cosas tienen esquinas y bordes, no resuelve ningún problema, sólo los posterga o los encomienda a otros. La escoba, la jerga y el cepillo son algunos de los encargados de soliviar los tiradores del trapo. De ahí ese sentimiento de fatuidad que nos produce ver a alguien trapeando. ¡El polvo no se acaba, sólo se despeña!, quisiéramos gritar. Y sin embargo, cuando el trapeo ha terminado, nos sentimos mejor. Sentimos que es justo que todo se haya desmoronado por los márgenes con tal de que la faz de lo que nos rodea relumbre plenamente. Porque somos sentimentales. Y es a media altura, en el corazón de las cosas, ahí donde el trapo se ha sumergido, que sentimos que el fuego del primer día, el que nos da un hogar, se sostiene más puro y a sus anchas.

